

El pulpo está crudo

Luis María Pescetti

Ilustraciones de O'Kif

loqueleo

A Amelita Elía y Carlos Varela

El narrador

Cierto día iba Caperucita por el bosque de... 9
oye, ¿cómo se llamaba ese bosque?

—¿Cuál?, el de... ¿el bosque de Sherwood?

—No, ese era el de Robin Hood.

—¿Robin Hood no era el compañero de Batman?

—No, el compañero de Batman era Mandrake.

—¡Si Mandrake era un mago!

—¿Y qué tiene? Además era el ayudante de Batman.

—... ¿seguro?

—Claro, ¿para qué te contaría mentiras, eh? ¿Quieres que siga?

—Y, sí...

—El bosque quedaba en Transilvania...

—Oye, no jodas, ¿Transilvania no era donde vivía el Conde Drácula?

10 —Tú tienes todo mezclado. No prestas atención a lo que te cuento y se te mezcla todo. Transilvania queda en Estados Unidos... si me vas a cuestionar todo mejor me callo.

—Sí, mejor.

—... ahora no me callo nada.

—Te callas porque no quieres contarme el cuento, porque no lo sabes.

—Claro que lo sé; ahí te va, cierta noche, Caperucita estaba cerrando su famoso restaurante...

—¿¡Su famoso restaurante!?

—Sí, cuando de repente recibió una llamada telefónica...

—... era uno que le avisaba que tú le estabas haciendo bolsa su cuento.

—No, era su mamá, que le pedía que pasara de la abuelita a dejarle algo de comer. Le dijo así: “Blancanieves...”

—¿¡“Blancanieves” le dijo!?

—Sí, “Caperucita” se llama el cuento, pero a ella le encantaba que le dijeran “Blancanieves”. Entonces el tío le dijo así...

11

—Oye, ¿no era la mamá la que estaba en el teléfono?

—¡Nunca dije que fuera la madre... por favor, presta atención! Déjame seguir, le dijo así: “Blancanieves, cuando cierres tu famoso restaurante llévale algo a tu abuelita que recién me habló y dice que está con un hambre terrible”.

—¿Y por qué la abuelita no la llamó directamente al restaurante?

—Porque se le olvidaba el número.

—¿Y por qué no lo tenía anotado en un papelito al lado del teléfono?

—Porque el lápiz se lo había prestado a un humilde cazador.

—¿El que aparece al final del cuento?

—Exactamente, que fue el que atendió el teléfono.

12 —... oye, ¿no lo había atendido la misma Caperucita?

—¿Quién? ¿Blancanieves?

—Sí.

—No creo, ella no tenía teléfono.

—¿¡Y dónde recibió la llamada si no tenía teléfono!?

—Ahí está la gracia, escucha, entonces el humilde cazador le dijo a la mamá...

—¿Por qué era “humilde cazador”?

—Porque si hubiera sido rico tendría empresas pero no sería cazador. Ahora cállate y déjame contarte el cuento.

—... ¿no tienes otro? no entiendo nada.

—Porque no prestas atención. Entonces el humilde cazador le dijo: “Mire, señora, su hija se fue a un baile a que le probaran un zapatito”.

—¿Ese no es el de Cenicienta?

—No, en el que hay un baile es en el de Pinocho.

13

—En el de Pinocho nunca hubo un baile, porque él no era como los demás niños.

—El que no era como los demás niños era Frankenstein.

—¡Pero si él era un monstruo!

—Por eso no era como los demás niños, ¿quieres que siga o cambio?

—... y no, seguí...

—Entonces la abuelita le dijo...

—¿Qué abuelita? ¿No estaba hablando con la mamá?

—¿Ves? No atiendes. ¿No te dije que la mamá era sorda?

—¿Sorda?

—Y claro, le habían hecho una operación, pero no quedó bien.

—¿En el cuento dice eso?

14 —Por supuesto, yo nunca te mentiría. Sigo. Entonces le dijo: “No importa, yo igual la llamo después, no se olvide de darle mi mensaje”. Pero ni bien colgó, el cazador ya se había olvidado y ese mismo día la abuelita hubiera muerto de hambre... si no fuera porque pasó un lobo y se la comió. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¿Te gustó?

—... al medio no lo entendí, pero estuvo bueno.

—¿Qué parte?

—La de los ladrones que entran a la pizzería.

—Porque no prestas atención. Mañana te cuento otro.

El piedrazo

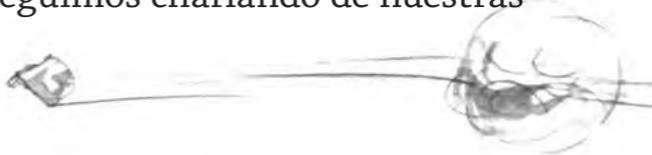
Resulta que yo había comprado una rifa de la cooperadora de la escuela que queda a media cuadra, y había sacado el primer premio que eran cuatro autos, dos casas, tres motos y un cuchillito.

15

Bueno, con uno de los autos había pasado a buscar a la que ahora es mi novia, para llevarla a pasear. A ella se le había ocurrido traer el termo y el mate, así que nos fuimos a tomar unos mates a la playa. Ella me gustaba mucho, pero mucho en serio, y quería impresionarla con algo. No se me ocurría con qué. Entonces vi que había unas piedritas, le devolví el mate y le dije: “Mira, vas a

ver qué lejos llego”. “¡Ay, dale, me encanta!”, dijo ella mientras cambiaba la yerba. Yo no quería que el piedrazo se quedara por ahí cerca nomás, así que tomé carrera y la tiré con todo. Nos quedamos mirando para ver el chapuzón de la piedra en el agua, pero nada.

16 Por más que miramos, no la vimos caer. Tiré de nuevo. Pero, otra vez, no vimos dónde caía. Bueno, nos pareció raro; pero no le hicimos caso. Seguimos charlando de nuestras



cosas, ahí medio fue que me declaré. Terminamos de tomar mate y nos fuimos.

Al otro año, de nuevo se me ocurre invitarla a pasear a esa playa para festejar que



hacía un año que estábamos de novios. Llevamos mate, todo igual que la otra vez. En eso estábamos de lo más tranquilos, cuando ¡páfate! a ella le pegan un piedrazo en la cabeza. Me levanté hecho una fiera, para ver quién había sido el bruto. Pero no había nadie. La playa es amplia y se ve lejos. ¿Entonces quién había sido? Y ahí me di cuenta, ¡era la piedra que yo mismo había tirado el año pasado! Había dado la vuelta al mundo y le pegó en la nuca a mi novia. Le expliqué y ella gritó: “¡Entonces agáchate que debe estar por llegar la otra!”. Tal cual, menos mal que nos agachamos porque al ratito nomás, ahí delante de donde estábamos, pegó el otro piedrazo.

Después seguimos tomando mate lo más tranquilos porque había tirado dos nomás, que si no nos teníamos que ir.

Aquella peligrosa ocasión

El Capitán Malatranca (ya sé que es un nombre medio estúpido, pero no es culpa mía). Empiezo de nuevo. El capitán Malatranca era mi archisuperenemigo y siempre me atacaba con lo que podía. 19

Últimamente, al muy maldito le había dado por llamarme por teléfono para desafiarme.

Le escribí una carta a su Jefe pidiéndole que se dejara de embromar porque algún día me iba a enojar y le iba a romper todo. Nunca me hicieron caso.

Un día fui hasta su oficina y toqué timbre. Me atendió el Capitán Malatranca en persona

(si lo conocieran, el nombre no les parecería medio estúpido, sino que le va justo). Como no sabía por dónde empezar la conversación, lo primero que hice fue pegarle una piña que lo sentó. Él me atacó con su superarma; yo, por suerte, había llevado la mía. Esquivé sus disparos y me tiré atrás de un escritorio (ustedes habrán visto en las películas que conviene hacer eso). Mi arma se había trabado y no funcionaba. Como no tenía tiempo de revisarla (tiene un mecanismo supercomplejo y sofisticado), agarré y la empecé a golpear desesperadamente contra el piso, y se arregló. Con el primer disparo tumbé toda una pared y se prendió fuego un perchero (hubiera sido más espectacular que se tumbe el perchero y se incendie la pared, pero no fue lo que ocurrió). El Capitán Malatranca cambió de táctica. Dejó su arma y se convirtió en perro (¡el típico recurso de convertirse en perro!). Tomé

una de mis superpastillas y también me transformé en perro. Entonces él se transformó en un pájaro que me atacaba (¡el típico recurso de cambiar de animal!). Yo me transformé en un escudo y él en un martillo que me abollaba. Entonces decidí convertirme en un pájaro y escapar por un momento; pero él se transformó en un halcón que me iba a comer. No sé si esta parte la van a creer, pero fue así: cuando estaba por darme el picotazo, no sé por qué al muy estúpido se le ocurrió transformarse en una hoja de papel (ahora que ya pasó todo me doy cuenta de que es el típico error que cometen los malos en algún momento antes de llegar al fin de la historia). Yo no lo podía creer. Vino un viento y lo tiró adentro del tacho de la basura. Lo puse en la calle y se lo llevó un basurero. Así nomás.

Su Jefe, que había visto la pelea, me ofreció trabajar para ellos (ustedes pensarán lo

mismo que yo, ¡la típica oferta de trabajar para ellos!), pero le dije que se dejara de embromar, ni loco me quiero mezclar con esa clase de gente. Me fui dando el típico portazo que hace romper los vidrios de la puerta. Cuando salí del edificio estaba lleno de periodistas (yo no sé cómo hacen para enterarse de cada paso que doy, los muy malditos). Empezaron a hacerme mil preguntas, todos a la vez; yo simplemente les sonreía y seguía caminando con calma. Le di una palmada en la cara a uno y lo saludé: “Hola, Sam” (después me enteré de que no era Sam, se llamaba Daniel y tampoco era periodista sino el que vendía sánduches; de todos modos, al otro día salió la foto en todos los diarios, “... aquí está saludando a Sam” y el tipo con cara de contento aunque no es Sam). Llegué hasta la calle, me subí a un taxi, saludé a todos con una sonrisa (no es exactamente una

sonrisa, es algo que ensayé mucho frente al espejo, con mitad de la boca, es una media sonrisa, como para que no digan: “Ese estúpido se la pasa sonriendo”; la gente odia que uno aparezca en los diarios siempre con una sonrisa). Salimos a toda velocidad, haciendo chirriar las llantas (el típico recurso de la salida en taxi a toda velocidad).

23

Encima del taxi, antes no la había visto, ustedes se lo imaginan, había una de esas rubias despampanantes, que cuando me vio dijo: “¡Oh! Usted es el famoso...” (sí, ya sé, la típica rubia que dice, “¡Oh! Usted es el famoso...”). Los fotógrafos enloquecieron cuando bajamos del taxi y ella me tomaba del brazo.

Pongan donde más les guste la palabra fin, el asunto es que así me salvé de mi archisuperenemigo en aquella peligrosa ocasión.

